

## XXII

SEÑORES :

Las fiestas de la beneficencia y de la enseñanza popular han sido siempre gratisimas para mi corazon de pobre hijo del pueblo ; ellas me recuerdan mis humildes años infantiles oscurecidos por la miseria é iluminados despues por la esperanza ; ellas me vuelven á la juventud soñadora y poética, pasada en el éxtasis de las sorpresas científicas y en la ansiosa expectativa del porvenir ; ellas por último, me conducen en la madurez de la vida sería cuando han desfilado ya ante mis ojos

En la solemne distribucion de premios, hecha por el Ministro de Gobernacion entre los alumnos de la Escuela Industrial de Huérfanos, el dia 2 de Enero de 1881.

las irisadas nubes de la ilusion y los espectros maravillosos de la utopía, á los graves pensamientos de la realidad; al terreno sólido y fecundo del estudio social, á las trascendencias de la educacion del pueblo, mi ideal querido, á la afirmacion de la Democracia, mi fé política, mi culto eterno.

Por eso he agradecido al afanoso é ilustrado director de este plantel benéfico su invitacion para que yo subiera á la tribuna levantada en medio de niños huérfanos para glorificar su talento y para mostrar ante su espíritu los horizontes inmensos del mundo, alumbrados por el sol del trabajo y de la virtud.

Algunas palabras conmovidas, algunos pensamientos, chispas de la hoguera que arde en mi alma, á la sola consideracion de lo que importa esta solemnidad de la enseñanza, hé aquí lo que viene á ser mi pequeña alocucion; á la que no dá fuerza sino la circunstancia de ser yo un hermano mayor de estos humildes educandos de la Beneficencia.

En las teorías antiguas hijas de la Edad Media, productos del sistema monárquico, la educacion pública y gratuita era una gracia cuando no era un privilegio, solo concedido

á castas escogidas y nobiliarias, pero la alimentacion gratuita juntamente con la enseñanza, era la caridad y estaba reservada á la religion.

La autorizaba el rey, pero la impartia el sacerdote que abria el orfanatorio, y la Escuela, como abria el hospital, como recojia al niño expósito, como repartia el pan á los pobres vagabundos en la puerta del convento. Era siempre el pueblo ¿quién habia de ser si no él, quien daba la limosna? pero esta se transformaba al pasar por las manos del monge, en dádiva real y misericordia cristiana. Esa teoría del tiempo vino á México con los conquistadores.

¡Santiago Tlaltelolco, ahí enfrente, cerca de nosotros, es el monumento venerable, el primer monumento que nos recuerda en la Nueva-España, aquel sistema que partiendo de un punto diverso, produjo sin embargo tanto bien, como fué posible, á los pobres conquistados!

Allí aquellos benditos y esclarecidos varones que trajeron la mision de predicar el Evangelio en la tierra del antiguo imperio azteca, y que por su pureza y su mansedum-

bre recordaban á los apóstoles de los primeros días del cristianismo, fundaron ese primer santuario de civilización, llamaron en torno suyo á los niños y á los ignorantes, les mostraron el alfabeto, les enseñaron las ciencias y las artes mecánicas europeas, y cubrieron así con el manto de la civilización las espaldas que habían estado condenadas á la esclavitud de la encomienda é hicieron alzar las frentes antes doblegadas bajo el yugo.

Era la caridad del Evangelio interponiéndose entre la fiereza del vencedor y la debilidad del vencido. Los indios estaban por la ley bárbara de la conquista española, destinados á la suerte de los *servati* de las conquistas romanas, pero al menos aquella enseñanza caritativa preparaba los trabajos seculares de la emancipación.

Después de Santiago Tlalotelco, los conventos-escuelas se extendieron por toda la faz del país, difundiendo el Evangelio y propagando las artes de la civilización latina. La caridad cristiana y la bondad real se otorgaban siempre como dones descendidos de lo alto, y ellos eran los númenes que presidían en la cátedra y el refectorio, como presidían en el

hospital, en el hospicio, en las casas de Expósitos.

La Filantropía y la Liberalidad, virtudes de la vida privada, vinieron en ayuda muchas veces del esfuerzo religioso y á ellas debemos en gran parte, los numerosos institutos que honran los sentimientos humanitarios de aquellas generaciones.

Inclinémonos con gratitud ante aquellas virtudes santas. Nosotros, hijos de nuestra época, no podemos desconocer el bien, cualesquiera que sean las formas que revista, y bendecimos las aguas vivas que nos han dado salud, sin pararnos á examinar el manantial de que brotaron.

Pero en las teorías modernas, hijas de la Democracia, producto de la Filosofía, todo eso que se llamaba caridad cristiana y munificencia régia en los tiempos monárquicos, es un deber y solo un deber para el Estado.

Era necesario darle nombre y se ha tomado el de *Beneficencia pública* que en mi humilde concepto es inadecuado todavía por su afinidad con las antiguas denominaciones. El marca sin embargo una transición en nuestras ideas y en nuestras costumbres, como la marca tam-

hien la forma de las instituciones sociales. Ya vendrá el vocabulario de la Filosofía democrática á poner la inscripcion legítima al frente de los establecimientos del Estado.

Por hoy me complace ver que en la puerta de este edificio, se lee simplemente *Escuela industrial de huérfanos*.

Nada humilla al niño, en este santuario de la educacion pública, mas bello que los pritaneos de la Grecia, y en el que la patria acoge á sus hijos pobres y enciende la santa lumbre del hogar para mantenerlos y educarlos.

Esta escuela, es pues, el monumento que encierra la teoria republicana. La educacion del Estado para el Pueblo; el deber, no la misericordia, el alma de la República, no la gracia del monarca. La mas grande de las obligaciones que el espíritu de la Democracia impone á los gobernantes, no es la de mantener un ejército para conservar la paz, no es la de cultivar relaciones con el mundo exterior, no es tampoco la de administrar justicia, es la de fomentar la instruccion del pueblo, porque aquellas son tareas de actualidad, pero este es un trabajo de preparacion, de consolidacion, trabajo definitivo, grandioso y fecundo.

Es el trabajo del padre allegando fortuna para el hijo y no perdonando sacrificio alguno para hacerlo feliz. Mas aún, es el trabajo del individuo para vigorizarse y vivir. No enseñar, no educar, es preparar esclavos en la ergástula, es matar á la República.

El gobierno que fundó y protege este establecimiento de educacion material y moral hace un gran bien y llena un deber santo.

Los niños del pueblo, desvalidos, las víctimas de esa lúgubre proveedora que se llama la Miseria, ya no tendrán por todo horizonte el desamparo, el sufrimiento y el crimen. Ya no inclinarán su frente enferma, ni arrastrarán su cuerpo endeble y achacoso en los laberintos de la indigencia, ni en el helado desierto del ócio que tiene por término el cadalso y la deshonra, ó la desesperacion y el embrutecimiento.

No: aquí se levanta un altar al trabajo en el taller, aquí se ilumina el espíritu con el libro, aquí se vislumbran las tentadoras alturas de la ciencia y aun las brillantes regiones de la riqueza material.

Contemplad á esos niños ¿no descubris en su mirada límpida y vivaz, en su semblante

alegre y en su constitucion sana y robusta los indicios de la salud física y las trasformaciones que opera esa maga que se llama la esperanza?

¡Ah, hijos míos, como no vienen á veros hoy, todos los ricos de México, todos los buenos, todos los que no creen que el mal social se previene con la educacion! ¿Por qué no acercarse á ayudar al gobernante en sus afanes filantrópicos? ¿Por qué no apoyar al Deber con el esfuerzo de la Liberalidad?

.....  
Ya vendrán, hijos míos, ya vendrán, cuando la noticia de vuestras virtudes los atraiga, cuando el fruto de vuestro talento los convenza.

Entretanto, ceñid vuestra frente modesta y juvenil con los lauros benditos que habeis conquistado; llevadlos despues á vuestro hogar humilde que se perfumará con su aroma; y amad á la Patria y bendecid á vuestros directores que son sus representantes, porque el deber público de ellos, no excusa vuestra gratitud por sus afanes que son los afanes del padre que os falta en el mundo.

Y cuando la Patria y ellos escuchen el santo

rumor de vuestros talleres ennoblecidos por el honor y cuando vean á vuestras familias felices por vuestro trabajo, entónces, ese será el himno de gratitud con que pagareis vuestra educacion. Al escucharse ese himno sublime, os responderán de consuno, la patria con su ternura y vuestros bienhechores con sus lágrimas.